



Científicos y medios

La lucha por la legitimidad en el cambio climático

RICHARD J. LADLE, PAUL JEPSON Y ROBERT J. WHITTAKER

A pesar de las incógnitas asociadas a las predicciones sobre posibles efectos negativos del cambio climático en los entornos naturales, las investigaciones se divulgan a menudo en los medios informativos. En este trabajo se revisa el eco en los medios informativos del Reino Unido y en internet de un estudio académico publicado por la revista *Nature*, que predecía futuras consecuencias globales como consecuencia del cambio climático. Los resultados y conclusiones del estudio fueron distorsionados en los medios, acentuándose los aspectos aparentemente más catastróficos y presentándolos como sucesos más cercanos en el tiempo. Las referencias al artículo original variaron aún más en internet, con varios sitios web, destacados en los buscadores más populares, que eran abiertamente críticos con la base científica del mismo. Sugerimos en este trabajo que las construcciones mediáticas tan polarizadas de la ciencia medioambiental son un indicio de una lucha por la legitimidad entre los grupos medioambientales y los anti-medioambientales, con consecuencias potencialmente negativas para la confianza de la opinión pública en la ciencia.

Palabras clave: Cambio climático, medios de comunicación, legitimación, *Nature*, internet.

Introducción

NO OBSTANTE EL CONSENSO CIENTÍFICO ABRUMADOR sobre el origen humano de la influencia en el clima del planeta, se ha mantenido un debate vigoroso en los medios informativos, sobre si el cambio climático de verdad está ocurriendo (Zehr, 2000: 85-103), y sobre cuáles serán las consecuencias para la población y los ecosistemas. Tanto los ecologistas, en su mayoría ONGs que hacen campaña, como los escépticos, generalmente organizaciones no lucrativas, fundaciones financiadas por empresas e individuos particulares, buscan convencer al público de la legitimidad de sus creencias a través de la apropiación y difusión de la información científica.



RICHARD LADLE es el director del programa (MSc) sobre biodiversidad, conservación y gestión de la Universidad de Oxford.

PAUL JEPSON es investigador del Departamento de Práctica de Conservación en el Centro para el Medioambiente de la Universidad de Oxford. Consultor para destacadas ONGs, el Banco Mundial y grupos de reflexión independientes.

ROBERT J. WHITTAKER es catedrático de Biogeografía, del departamento de St Edmund Hall, Universidad de Oxford. Editor jefe de la revista *Journal of Biogeography*.



RICHARD J. LADLE, PAUL JEPSON Y ROBERT J. WHITTAKER

La comunicación e interpretación de la ciencia para el gran público se logra a través de distintos medios, entre los que sobresalen impresos, la televisión, la radio y, ahora, las extensiones tecnológicas como internet. Puesto que los medios, en su conjunto, se consideran una herramienta poderosa para influenciar la opinión pública, se comprende que los medioambientalistas quieran maximizar la exposición de la ciencia que apoya su agenda.

Desafortunadamente, el lenguaje cuidadoso y comedido no se adapta bien al sensacionalismo incisivo que caracteriza la expresión de la mayoría de los medios informativos contemporáneos. La distorsión de la información que tiene lugar al traducir la ciencia al lenguaje de los medios populares conlleva acusaciones de sensacionalismo periodístico, tanto por parte de los científicos (Ladle, 2004: 12-3) como por una serie influyente de individuos y organizaciones anti-medioambientalistas de carácter escéptico (Lomborg, 2001). Sin embargo, también se ha argumentado que el sensacionalismo es aceptable si transmite un mensaje medioambiental —por ejemplo, sobre los efectos ecológicos potenciales del cambio climático—, ya que provoca la atención del público y de los políticos. (Hannah y Phillips, 2004: 131).

En el presente artículo partimos de la premisa que los científicos, que distinguimos de los activistas, tienen la responsabilidad primordial de informar sobre los hallazgos que puedan tener interés para la sociedad y hacerlo de la forma más precisa, objetiva y simple posible. Para poder lograr equilibrio, precisión e impacto, es decir, un mayor entendimiento por parte del público de la ciencia medioambiental, los científicos deben mejorar su comprensión del proceso mediante el cual su ciencia se transforma en noticia, incluyendo cómo distintos grupos políticos y sociales buscan influir en dicho proceso. Para contribuir a esta mejor comprensión hemos revisado el flujo, traslación y transformación de la información de un artículo científico sobre el cambio climático y la extinción de especies a distintas narraciones mediáticas británicas e internacionales. También, reflexionamos sobre nuestras propias experiencias, azarosas y algo ingenuas, en este proceso, y valoramos la representación de la misma información en internet. Finalmente, comentaremos las formas en que los grupos medioambientalistas y otras organizaciones intentan legitimar sus posiciones por medio de la apropiación de la ciencia revisada de sus colegas.

Estudio del caso: predicciones sobre un planeta que se calienta

El 7 de enero de 2004, la revista *Nature* publicó un estudio que desarrollaba un modelo de los efectos potenciales del calentamiento global sobre determinados grupos de animales y plantas terrestres (Thomas, 2004: 145-8). Los resultados del estudio sugerían que, dada una serie de presupuestos claves y bajo escenarios moderados de cambio climático, entre el 15 y el 37 por ciento de las 1.103 especies consideradas en el estudio estarían “abocadas a la extinción” antes del año 2050. Los autores describieron estos porcentajes como “un cálculo de las proporciones de especies expuestas a problemas de extinciones futuras como consecuencia del cambio climático en los próximos 50 años”, y no como “el número de especies que se extinguirán durante dicho periodo”. Además, se indicaba que podrían “transcurrir décadas” para llegar a la reducción y la extinción de un hábitat a causa del cambio climático. En resumen: el estudio manifestaba que si las previsiones y las predicciones del modelo fuesen válidas, una proporción de las especies estudiadas ocuparían eventualmente condiciones medioambientales incompatibles con su supervivencia a largo plazo.

Este estudio recibió cobertura periodística global. Revisamos veintinueve informes en los periódicos nacionales y locales del Reino Unido y encontramos un modelo sistemático de distorsiones en veintiséis de los mismos (tabla 1). La distorsión más significativa de los hallazgos del estudio fue la opinión, frecuentemente repetida, de que más de un millón de especies se extinguirían antes del 2050 debido al calentamiento global (21 informaciones). Sólo dos informaciones explicaban que únicamente unas pocas especies se habrían extinguido de hecho para el 2050; otras dos llegaron hasta el punto de sugerir que un tercio de todas las especies del mundo se extinguirían; ninguna especificaba el grado de incertidumbre, que era de entre 5,6 y 78,6 por ciento de especies expuestas a la extinción debido al cambio climático.

En siete de las informaciones, se citaba como palabras textuales del autor principal del estudio, el catedrático Chris Thomas:

“Si las proyecciones pueden extrapolarse globalmente, y a otros grupos de animales y plantas terrestres, nuestros análisis sugieren que más de un millón de especies podrían estar amenazadas con la extinción como resultado del cambio climático”.

Esta contundente afirmación, que se basa en una proyección global de la biodiversidad planetaria, no fue presentada como resultado de una extrapolación, ni se indicaban las grandes incertidumbres respecto a los cálculos sobre la variedad de las especies globales (Whittaker, 2005: 3–23). En consecuencia, se pedía al público que aceptara, sin más, tan calamitosa predicción. Basta una educación a nivel universitario de ciencias naturales para saber que el número de especies descritas es aproximadamente de 1.750.000; (Groombridge, 2000) mientras que el número especies de artrópodos aún no descubiertos probablemente sea de 4 a 6 millones, (Novotny, 2002: 841–4), en lugar del valor frecuentemente usado de unos 30 millones (Erwin, 2000: 209–12).

El origen de la mayoría de las generalizaciones y extrapolaciones en los medios puede relacionarse con las notas de prensa originales y los despachos de las agencias (véase gráfico 1). La primera nota, de 7 de enero de 2004, fue hecha por la Universidad de Leeds, la institución que generó la investigación, y se titulaba: “El cambio climático amenaza un millón de especies con la extinción”. Aquí es donde aparece, por primera vez, la referencia a “un millón de especies”, junto con la afirmación no atribuida de que una cuarta parte de los animales y plantas terrestres podrían llegar a extinguirse. Para ser justos, la nota de prensa entra a detallar que las extinciones se producirán *eventualmente* [así lo enfatizaron] y no en los próximos cincuenta años. Los despachos de las grandes agencias de prensa modificaron su contenido. La noticia de Dow Jones International News (7 de enero) tenía un tono relativamente cauto: “Cientos de especies de plantas y animales terrestres de todo el planeta podrían desaparecer o estar camino a su extinción en los próximos 50 años si se mantiene el calentamiento global”. La de Reuters, también de 7 de enero, afirmaba que “el calentamiento global podría aniquilar una cuarta parte de todas las especies de plantas y animales de la Tierra para el 2050”. Sospechamos que esta fue la base de muchos de los errores y exageraciones difundidos por la prensa del Reino Unido del día siguiente.

Algunos políticos veteranos se alinearon rápidamente con la noción de una calamidad medioambiental inminente. Por ejemplo, Margot Wallstrom, comisionado de Medioambiente de la Unión Europea, escribió en el periódico *The Guardian* que “mucha gente tiene mucho que comentar sobre el estudio recientemente publicado que sugiere que el calentamiento global podría aniquilar un tercio de las especies del planeta para el año 2050”, y el líder del Partido Verde Irlandés, John Barry, apoyó públicamente la campaña “Amigos





RICHARD J. LADLE, PAUL JEPSON Y ROBERT J. WHITTAKER

de la Tierra” para reducir las emisiones de carbono y detener “la extinción de una cuarta parte de las especies del mundo para el 2050”. Cuando se comentó la investigación en la Cámara de los Comunes, Margaret Beckett, secretaria de Estado de Medioambiente, Alimentación y Asuntos Rurales, manifestó que “el estudio que se ha publicado hoy, indica que entre un 15 y un 37 por ciento de las especies terrestres de la zona observada podrían estar abocadas a la extinción *antes* de 2050 [el subrayado es nuestro]. Sin embargo, es importante para la Cámara entender que el impacto de las predicciones más graves respecto al calentamiento global tendría un efecto incluso más desastroso. Por lo cual, no se trata de un informe exagerado que asume una catástrofe: se refiere al impacto esperado del cambio climático” (citado en *Hansard*, 8 de enero de 2004). Dado que estas proporciones no se proyectaron para enfrentarse a la extinción en el año 2050, la interpretación de Beckett, o incluso el propio informe, podría ser acusada de exagerada.

Tabla 1. Estudio sobre las informaciones en prensa

	Textos primarios	Items secundarios (incluye cartas y editoriales)
<i>Afirmaciones</i>		
Extinción de 1.000.000 de especies o más	14	7
Extinción especies para el año 2050	10	3
Extinción de una cuarta parte de todas las formas de vida	1	2
Extinción de una cuarta parte de todos los animales/plantas terrestres	7	1
Extinción de un tercio de todas las formas de vida	2	0
Extinción de 1/3 de todos los animales/plantas terrestres	1	0
<i>Fundamentos</i>		
Basado en millones de especies sin identificar	0	0
Solamente algunas realmente extinguidas en 2050	2	0
Uso frase “abocados a la extinción”	1	0

En el *lobby* conservacionista, muchas de las mayores y más conocidas ONGs emitieron sus propias notas de prensa y dedicaron artículos informativos al tema en sus páginas web. WWF-UK fue más allá y utilizó la investigación para recabar más financiación: el 12 de enero, cuatro días después de la mayor cobertura informativa, envió un correo electrónico a sus socios con el siguiente mensaje: “¡Emergencia de conservación!”, con la frase inicial “sin duda habrán visto los recientes titulares de prensa y televisión: para el 2050, el calentamiento global podría aniquilar un millón de especies de animales y plantas”.

Representación en internet

Dado que mucha gente usa la red para encontrar e interpretar los resultados de las investigaciones, la comunidad científica necesitaría analizar cómo la dinámica social, en especial a través de internet, puede afectar el entendimiento público de la ciencia. La siguiente generación de personas web-alfa-

betizadas podría ser fácilmente engañada o polarizada y, en consecuencia, se minaría el debate público que da apoyo a la política medioambiental. De momento, se ha prestado poca atención a este asunto y tenemos conocimiento de varios estudios no publicados que examinan, entre otros aspectos, cómo se traduce e interpreta la información científica cuando pasa a los medios electrónicos y cuáles son las diferencias entre las representaciones de la ciencia medioambiental entre los medios impresos y electrónicos.



Hay algo que parece evidente: la red da voz a muchos grupos invisibles en la prensa mayoritaria, incluso algunos con puntos de vista extremos y no ortodoxos. Al contrario que en las revistas científicas, la ciencia que aparece en la red no está sujeta a revisiones o valoraciones externas. En consecuencia, como señalan Stuart Pimm y Jeff Harvey, “la red está llena de ideas no seleccionadas” (Pimm y Harvey, 2000: 209-12). Es ahí donde encontramos la evidencia de un contragolpe de los medioambientalistas-escépticos frente a las tendencias sensacionalistas de la prensa mayoritaria (Ladle, 2004: 12-3).

Para explorar cómo los sitios web medioambientalistas interpretaban el artículo de la revista *Nature*, revisamos los cincuenta principales sitios en los tres buscadores más populares (Google, Yahoo y MSN), durante dos semanas, ocho meses después de la aparición del texto. Para reducir la duplicidad en la búsqueda, usamos una combinación muy simple de palabras y frases, en concreto “Thomas”, “cambio climático” y “extinción”, vinculadas por el operador boleano “y”. Cuando revisamos los sitios, sólo incluimos aquellos que daban alguna interpretación del informe original.

Se clasificaron los sitios mediante una tipología simple que reflejaba la titularidad y, hasta cierto punto, la orientación de los mismos. Las categorías empleadas fueron “medios” (19 resultados); “sin ánimo de lucro”, que incluía ONGs medioambientalistas y fundaciones anti-medioambientalistas (22); “educacional” (generalmente universidades) (4); “personal” (1); “gubernamental” (8); y “boletines” (1). También se clasificaron los sitios según el cuestionamiento que hacían de la validez de las conclusiones del estudio encabezado por Thomas. Los sitios web que hacían referencia directa al artículo de Thomas fueron anotados y clasificados por orden para cada búsqueda, a través de los tres buscadores, y luego se calculó un *ranking* combinado, en base al uso relativo de cada buscador por el público general





RICHARD J. LADLE, PAUL JEPSON Y ROBERT J. WHITTAKER

conforme a los *netratings* de Nielsen (www.nielsen-netratings.com).

La indagación generó 55 sitios que hacían referencia directa al artículo de Thomas, con algún comentario sobre el mismo, o cuestionaban su contenido. Se rechazaron muchos sitios web que aparecían en los 50 primeros porque eran totalmente irrelevantes —no hacían mención al trabajo de Thomas o no aportaban interpretación alguna del artículo. De los sitios web pertinentes para el análisis, la mayoría (33) eran de Estados Unidos, seguidos de los de Reino Unido (10). Dieciséis de los sitios aparecían entre el *ranking* de los cincuenta más destacados en los tres buscadores.

Al contrario que la cobertura de los medios de información, sólo 23 de los sitios afirmaban que la extinción se produciría antes de 2050, y apenas 20 usaron el cálculo de extinción global de un millón de especies o más. Aunque nada más que 10 sitios criticaban abiertamente el artículo de Thomas, sólo cuatro de ellos figuraban en los diez sitios web mejor situados en el *ranking* general (tabla 2).

Tabla 2. Principales sitios sobre cambio climático

Propietario Website	Crítico
1. Leeds University (nota de prensa)	no
2. Conservation International (informe)	no
3. Center for the Study of Carbon Dioxide and Global Change	sí
4. Science and Environmental Policy Project	sí
5. Oxford University (artículo ampliado medios)	sí
6. NASA (informe)	no
7. Earth Crash Spirit (sitio personal)	no
8. National Geographic	no
9. Co2andclimate.org	sí
10. CBC News	no

Ninguno de los sitios de medios se mostró escéptico con la base científica del trabajo ni cuestionó la credibilidad de sus proyecciones. Cabe suponer que esto se debió a que la mayoría de los informes se hicieron directamente a partir de las notas de prensa o de los medios informativos. Los sitios de las ONGs medioambientales también tenían más tendencia a emplear la versión acrítica y sensacionalista de la historia que apareció en prensa.

Las páginas que adoptaron un enfoque crítico respecto al artículo original fueron las pertenecientes a fundaciones autodefinidas como “sin ánimo de lucro”, con una agenda política orientada explícitamente a la derecha. Estos grupos, comúnmente conocidos como “anti-medioambientalistas”, pueden considerarse adversarios, en la lucha por la credibilidad, del movimiento medioambiental, donde las partes en conflicto usan las interpretaciones de la información científica de revistas académicas evaluadas para legitimar sus puntos de vista. Curiosamente, ninguno de los sitios críticos basó sus argumentos en las exageraciones sensacionalistas que eran muy frecuentes en los informes de prensa de enero 2004, sino que se centraron en las inadecuaciones científicas percibidas en el artículo de *Nature*.

Por ejemplo, el Center for the Study of Carbon Dioxide and Global Change (tercero en el *ranking* de la tabla 2), cuya misión es “divulgar informes de hechos y comentarios fundados sobre los nuevos desarrollos en la lucha cientí-

fica mundial para determinar las consecuencias climáticas y biológicas del crecimiento continuado del CO₂ del aire”, comentó:

“Es evidente que sus resultados están forzados por los cálculos, confundidos con arbitrariedad estadística; les falta una evidencia que se apoye en el mundo real y están impregnados de especulación. Por ello, parece que su doctrina de *extinción masiva* es de hecho un caso de *extinción masivamente tendenciosa*.”

Otro sitio web que figura en la selección, el Science and Environmental Policy Project, se autodefine como un grupo educacional, sin ánimo de lucro, cuya misión es evaluar los distintos problemas a los que se enfrenta el planeta y, cuando sea necesario, “hallar soluciones efectivas, de costes controlados”. Nuevamente, su crítica se dirigía casi exclusivamente a la naturaleza científica en la que se basa el informe original y, en su conclusión, señalaba:

“Obviamente hay mucho que criticar a este artículo. Lo que resulta sorprendente es que, con unos presupuestos tan inconsistentes e irrealistas, haya logrado pasar sin un arañazo por el proceso de revisión de una revista tan prestigiosa como *Nature*”.

Está claro que, en términos generales, el discurso en internet tiene similitudes con la cobertura mediática, aunque en los sitios anti-medioambientalistas se observa que tratan de emplear argumentos derivados de la ciencia, aunque espurios, para legitimar sus posiciones. Quizá sea significativo señalar que, aunque se criticó la publicación de Thomas desde revistas científicas revisadas por otros científicos, estos argumentos no fueron tenidos en cuenta por parte de los escépticos (Thuiller, 2004).

Ninguno de los sitios críticos que forman parte de nuestra investigación analizó o rectificó la cobertura errónea de la prensa, algo sorprendente que no parece apoyar la creencia de George Monbiot y sus colegas que sostiene que los medios están propagando e inspirando un sentimiento anti-medioambientalista:

“La ciencia del cambio climático está siendo atacada. Es un ataque coordinado, bien financiado, al que se le da juego constantemente en de los medios. Cuanto más fuerte es el consenso científico sobre el cambio climático, más se sugiere en los medios que la ciencia es incierta” (Monbiot, 2005: 559).

Otra tendencia indicada por esta muestra limitada es que, aunque son relativamente pocos sitios anti-medioambientales en internet, estos suelen ocupar un lugar destacado en los buscadores. Hay varias razones para ello. En primer lugar, los motores de búsqueda que utilizamos pueden haber seleccionado sitios que posean una tendencia científica explícita en sus contenidos; en segundo lugar, muchos de los sitios de medios y de ONGs medioambientales emplearon la cobertura periodística existente, que reducía el número de palabras clave para acceder a ellas; en tercer lugar, los escépticos del clima pueden estar mejor preparados para diseñar estrategias que hagan más visibles sus sitios.

Hasta la fecha, científicos y académicos han demostrado, en general, poco interés en saber cómo se representa su trabajo en internet. Un conocimiento más profundo de cómo se traslada y representa la ciencia en internet pudiera ser importante para el desarrollo de una política medioambiental basada en evidencias. Con el incremento de estudiantes de todos los niveles de educación que recaban información de internet, es muy importante que los educadores comprendan la ambigüedad de estos contenidos sobre la ciencia y asesoren a sus alumnos sobre cómo desarrollar las habilidades analíticas y críticas necesarias para tamizar la información y poder valorar los distintos contenidos.





RICHARD J. LADLE, PAUL JEPSON Y ROBERT J. WHITTAKER

Pimm y Harvey (2004: 12-3) recomiendan cuatro formas para poder determinar la credibilidad de un sitio:

- a) En primer lugar, comprobar los datos: los argumentos sólidos se basan en datos de fuentes primarias que pueden ser sometidas a escrutinio científico, mientras que los argumentos espurios y erróneos se apoyan a menudo en datos procedentes de fuentes secundarias o, incluso, en rumores.
- b) En segundo lugar, comprobar los argumentos: los argumentos arrojados por un lenguaje hiperbólico pueden estar enmascarando una falta de argumentos o de datos.
- c) En tercer lugar, comprobar las credenciales de los autores: ¿Pertencen a una institución respetada? ¿Han publicado artículos revisados por expertos sobre el tema que comentan?
- d) Finalmente, también merece la pena ver quién financia el sitio web, ya que puede dar algún indicio sobre la agenda subyacente.

Sin embargo, incluso con todas estas precauciones, hay muchas posibilidades de ser engañado o desorientado y que el trabajo aparezca fuera de contexto. Por ejemplo, durante la recopilación de los datos de este artículo, nos sorprendió encontrar una traducción completa al español, en un sitio web argentino anti-medioambientalista, del material suplementario publicado en la red con un comentario nuestro en *Nature* sobre el tratamiento de los medios del estudio de Thomas (Ladle, 2004: 729), repleto de logotipos de la Universidad de Oxford. Igualmente, mientras que el hogar institucional de un autor ofrece un contexto relevante, la historia de la ciencia ilustra que las personas cercanas al corazón del *establishment* científico han cometido, con frecuencia, errores muy grandes: un argumento presentado por una autoridad no basta para obviar el rigor preciso en la presentación de los argumentos.

También habría que abogar por el establecimiento de sitios web de referencia, similares en el "proceso de selección" de contenidos a las revistas académicas revisadas por expertos, diseñados para proveer una difusión, sin arbitrariedades y exacta, de la ciencia medioambiental. Muchos científicos y grupos de investigación ya tienen sus propios sitios web, pero suelen ser extremadamente técnicos o ingenuos en su interpretación de una política más amplia. En este caso, identificamos pocos sitios que dieran una valoración equilibrada del estudio de Thomas. En su lugar, encontramos una batalla por la credibilidad y legitimidad científica entre facciones situadas en ambos extremos del debate. Cuando trabajos importantes, como el artículo de Thomas, acceden a la escena pública, hay una necesidad obvia de un recurso en la web que sea definitivo, autorizado y realista, escrito en un lenguaje accesible, que aborde explícitamente las fortalezas y limitaciones del trabajo en cuestión. Por supuesto que se no podría hacer nada para impedir que el trabajo sea apropiado y usado para legitimar la defensa de las causas de unos y de otros, pero contrarrestaría algunas de las reivindicaciones más disparatadas hechas por ambos bandos del debate.

Confianza y legitimidad científica

Dado que el racionalismo científico es un principio básico de las políticas contemporáneas, es crucial que quienes legislan y desarrollan la acción política sean informados mediante una valoración equilibrada del conocimiento científico. El tratamiento excesivamente simplificado de los hallazgos y el alejamiento de la objetividad racional pueden minar la confianza pública en las

ciencias de la naturaleza, lo cual podría favorecer a los anti-medioambientalistas.

Donde los resultados científicos tienen un alto grado de incertidumbre, por ejemplo en materia de predicciones sobre las consecuencias potenciales del se encuentra un amplio campo para la distorsión en los medios. Esto hace que los científicos tengan una considerable responsabilidad para destilar la información sobre su trabajo y hacerlo sin exageraciones innecesarias. Informar, usando términos que garanticen la claridad, es fundamental para que se mantenga la independencia e integridad de las políticas públicas. Si el público pierde la confianza en los científicos, se corre el riesgo de que las políticas sean fijadas por los intereses creados. La exageración de los resultados de una investigación preliminar expone a la ciencia medioambiental a las críticas condenatorias por parte del *lobby* anti-medioambiental. Esto ayudaría a incrementar el cinismo y la complacencia respecto al cambio climático y la degradación de la biodiversidad, de la misma forma que la exageración en los informes sobre la existencia de armas de destrucción masiva afectó las actitudes públicas respecto a los motivos de los políticos para iniciar la guerra en Irak.

Es necesario de la comunidad científica adopten una actitud responsable respecto a la difusión de los hallazgos de sus investigaciones sobre el cambio climático, trasladando al público sus propias incertidumbres en los análisis. Los pasos prácticos para hacerlo serían:

- a) que los científicos dirigiesen su comunicación con los medios a través de aquellos periodistas con los que tengan una relación intelectual ya establecida;
- b) que revistas de referencia especializadas presten atención específica para ofrecer información sobre las limitaciones de un determinado estudio;
- c) que los grupos de investigación más destacados lleven y mantengan sitios de web accesibles e informativos;
- d) y, en fin, que los científicos escriban a los editores de los periódicos, a los consejeros de destacadas organizaciones sin ánimo de lucro y a los políticos para aclarar la información engañosa que pudieran transmitir sobre su ciencia.

Conclusiones

El estudio del caso aquí comentado demuestra que el uso de un informe de ciencia medioambiental publicado en una revista internacional de alto nivel engendró la percepción pública de una "crisis candente" —un desastre medioambiental inminente que pudiera afectarnos a todos—. Esto sería creíble para el público si el desastre ocurriera de verdad dentro del plazo de tiempo sugerido, o si se viese una respuesta clara para evitarlo. Si no, hay un peligro de que el movimiento medioambiental en general sea visto como el que anuncia "que viene el lobo" y sufrir, por ello, una pérdida de credibilidad y legitimidad. Eventualmente, esto podría conllevar una fatiga en la opinión pública, con resultados altamente contraproducentes para el movimiento medioambiental. Además, las expresiones llamativas impiden que los científicos que hacen afirmaciones más conservadoras y, posiblemente, más realistas, logren dar a conocer su trabajo en los medios. Por ejemplo, al menos a corto plazo, sería difícil persuadir a un periódico para que diera una cobertura amplia a un artículo, revisado por expertos, prediciendo la extinción de 70.000 especies para el año 2200...





RICHARD J. LADLE, PAUL JEPSON Y ROBERT J. WHITTAKER

No debemos olvidar tampoco que el movimiento anti-medioambiental, muy poderoso en Estados Unidos, es particularmente consciente de las manifestaciones exageradas. Los medios de comunicación, al favorecer la difusión de estas expresiones, juegan directamente a favor de los intereses establecidos, cuya agenda medioambiental es potencialmente desastrosa para la biodiversidad y salud humana. Desde que Bjørn Lomborg¹⁷ publicó su ataque unilateral, pero ampliamente divulgado, a la ciencia descuidada y a la retórica frecuentemente empleada por el movimiento medioambiental, es cada vez más importante que los científicos y los medios eviten divulgar información que genere un alto nivel de incertidumbres. Hay varias hipótesis que permiten entender las razones de la extendida desinformación en los medios sobre el cambio climático.

a) En primero lugar, los editores y periodistas científicos de los periódicos pueden carecer de la comprensión de los modelos teóricos, de las aseveraciones y extrapolaciones que caracterizan a una gran parte de la ciencia del cambio climático y conservacionista. La forma de presentar las noticias de forma llamativa, ayuda aún más a la simplificación y a la hipérbole.

b) En segundo lugar, los periodistas científicos pueden confiar demasiado en informes y notas de prensa, en lugar de comprobar los hechos o recurrir a los estudios originales, a pesar del fácil acceso *online* a fuentes como la revista *Nature*. Igualmente, los investigadores, instituciones y revistas científicas deberían ser más cuidadosos en su preparación de las notas de prensa, que frecuentemente sirven como fuente de difusión y simplificación en los medios informativos (Rose, 2003: 307-12). Debido a los ajustados cierres de edición, muchos periodistas confían excesivamente en las notas de prensa y teletipos que reciben.

c) En tercer lugar, puede servir a ciertos intereses hacer más llamativa una historia, mediante, por ejemplo, la vinculación del cambio climático a una amenaza inminente. De esta forma, se venden más periódicos, las revistas generan citas, los científicos reciben más atención y financiación para sus investigaciones, las organizaciones benéficas conservacionistas obtienen donaciones y los políticos entran en una agenda que puede atraer votos y favorecer sus carreras.

Por supuesto que lo fácil es señalar las deficiencias en la cobertura informativa. Más complicado es encontrar soluciones prácticas que sirvan tanto a los científicos como a los periodistas. Aunque no siempre sea posible, una lectura minuciosa del artículo original, revisado por los expertos, que da origen a una información podría evitar parte de las principales distorsiones. Aunque los editores medioambientalistas no sean expertos en este campo, deberían ser, cuando menos, capaces de sacar una impresión crítica del trabajo original. Sin embargo, incluso destacados periodistas, dejan pasar especulaciones e inferencias si con ello pueden incrementar el atractivo de una historia mediática. Un buen ejemplo puede verse en un artículo en *Science* sobre el descenso de las poblaciones de aves, mariposas y plantas vasculares en Reino Unido, que concluía, quizá insensatamente, con la sugerencia de que el estudio demostraba que el mundo “está experimentando el sexto mayor episodio de extinción de su historia” (Thomas, 2004: 1.879-81). No es sorprendente que, al día siguiente, los titulares endurecieran la historia, señalando que el estudio presentaba la primera “evidencia sólida” de la próxima extinción masiva (Highfield, 2004: 6).

Las entrevistas telefónicas también parecen ser una forma especialmente pobre para obtener información. Tristemente, es muy sencillo tender trampas

a los científicos para que digan algo indiscreto o técnicamente incorrecto — una trampa en la que nosotros mismos hemos caído— (Jepson, 2004: 26). Permitir a los entrevistados que revisen la copia sería una forma de rectificar algunos de los problemas, aunque la experiencia indica que los periodistas, en general, parecen ser muy reticentes a aceptar esta solución.

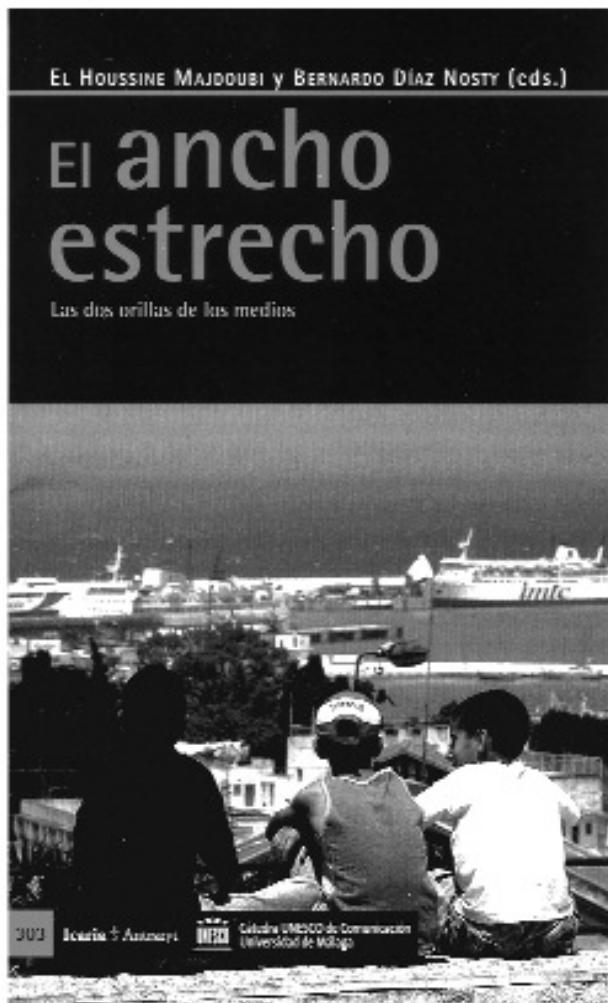
Por último, los científicos deberían reflexionar cuidadosamente sobre la divulgación de trabajo en un campo emergente donde los resultados siguen estando en una fase preliminar de pruebas o desarrollo. Un informe reciente del Office of Science Technology y del Wellcome Institute (2001, 315–330) concluyó que el Reino Unido carece de un marco en el cual la gente pueda acceder a la información sobre las nuevas ciencias, que permita valorar y juzgar dicha información y sus implicaciones. Sin la existencia de tal marco, es inevitable que veamos muchas más luchas por la legitimidad entre los defensores de distintas filosofías sobre el medioambiente, buscando para ello aprovechar las múltiples formas de comunicación pública que tienen a su disposición.

Referencias bibliográficas

- Buckley L. B. y Roughgarden J. (2004), "Biodiversity conservation: effects of changes in climate and land use", *Nature*, 430, 1 de julio, doi: 10.1038/nature02717.
- Erwin T. L. (1982), "Tropical forests: their richness in coleoptera and other arthropod species", en *Coleopterists Bulletin*, 36: 74–5.
- Groombridge B. y Jenkins M. D. (2000), *Global Biodiversity: Earth's Living Resources in the 21st Century*; Cambridge, World Conservation Press.
- HANNAH L. Y B. PHILLIPS (2004), "Extinction coverage worth the inaccuracies", en *Nature*, 430: 131.
- Highfield R. (2004), "Butterfly decline points to sixth mass extinction", *Daily Telegraph*, Londres, 19.03.2004: 6.
- Jepson P. y otros, "We get blinded by the lack of science", en *Sunday Telegraph*, Londres, 9.05.2004: 26 (en respuesta a E. Day: "Charities spread scare stories to boost public donations", *Sunday Telegraph*, Londres, 2.05.2004: 11).
- LADLE R. J. (2004), "Ecological science reporting: another victim of global warming?", en *British Ecological Society Bulletin*, 35 (4): 12–3.
- Ladle R. J. y otros (2004), "Crying wolf over risks of extinction", en *Nature*, 428: 729;
- Lomborg B. (2001), *The Skeptical Environmentalist*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Monbiot G. y otros (2005): "Time to speak up for climate change science", *Nature*, 434, 559.
- Novotny V. y otros (2002), "Low host specificity of herbivorous insects in tropical forests", en *Nature*, 416: 841–4.
- Office of Science and Technology and the Wellcome Institute (2001), "Science and the public: a review of science communication and attitudes towards science in Britain", en *Public Understanding of Science*, 10: 315–330.
- Pimm S. y J. Harvey (2000), "The world at our fingertips", *Oikos*, 91: 209–12.
- Rose S.P.R. (2003): "How to (or not to) communicate science", en *Biochemical Society Transactions*, 31: 307–12.
- Thomas C. D. y otros (2004), "Extinction risk from climate change", en *Nature*, 427: 145–8.
- Thomas J. A. y otros (2004), "Comparative losses of British butterflies, birds, and plants and the global extinction crisis", *Science*, 303: 1.879–81.
- Thuiller W. y otros (2004), "Biodiversity conservation: uncertainty in predictions of extinction risk", *Nature*, 430, 1 de julio; doi:10.1038/nature02716; WHITTAKER R. J. y otros (2005), "Conservation biogeography: assessment and prospect", *Diversity and Distributions*, 11: 3–23.
- Zehr, S. C. (2000), "Public representations of scientific uncertainty about global climate change", en *Public Understanding of Science*, 9: 85–103.



Título original: "Scientists and the media: the struggle for legitimacy in climate change and conservation science", *Interdisciplinary Science Reviews*, vol. 30 (3). Institute of Materials, Minerals and Mining (<http://www.iom3.org>). Published by Maney Publishing. Con la autorización de los autores.



Observatorio Hispano-Marroquí Las dos orillas de los medios

El ancho estrecho | Le large détroit es el primer informe del Observatorio Hispano-Marroquí de los medios, resultado de un proyecto de cooperación de la AECID (Ministerio de Asuntos Exteriores y Cooperación de España).

Este trabajo nace de la colaboración entre las Cátedras UNESCO de Comunicación de Málaga y Rabal y recoge quince trabajos que aportan una doble mirada "las dos orillas de los medios" de la realidad mediática de España y Marruecos, y analiza las diferencias entre los sistemas de ambas naciones, especialmente en términos de libertades públicas, así como las miradas recíprocas que en ambas naciones se construyen del país vecino. Un texto bilingüe, donde los trabajos de los autores marroquíes se aparecen en español y los de los españoles en francés.

Financiado por la
Agencia Española de
Cooperación Internacional
para el Desarrollo



C aecid

Contenido del libro Contenu du livre

Nuevas posturas y ambiciones de la prensa marroquí frente a los poderes políticos y económicos.
Jamal Eddine Naji

Le système de médias dans la démocratie espagnole.
Bernardo Díaz Nosty

Los medios de comunicación islámicos en Marruecos.
Mohamed El Mouden

Femme et médias en Espagne: une majorité sans pouvoir.
Elena Blanco Castilla

Mujeres y medios de comunicación en Marruecos.
Nadia Lamhaidi

La rôle de la presse dans la construction d'un futur commun.
Miguel Ángel Aguilar

Icaria + Antrazyt

www.icariaeditorial.com

Arc de Sant Cristòfol, 11-23 | 08003 Barcelona
Tel. 93 301 17 23 | icaria@icariaeditorial.com

Les difficultés de l'opinion publique espagnole pour comprendre le processus socio-politique au Maroc.
Pedro Canales

Las relaciones hispano-marroquíes vistas a través de los medios comunicación.
Samir Bennis

Les medias dans le projet migratoire marocain.
Eugenia González Cortés

La profesionalización del tratamiento de España en la prensa marroquí.

Fatima Zohra Bouaziz y Mónica Carrión Otero

El discurso informativo de la prensa independiente marroquí sobre España. El Houssine Majdoubi

El control de la prensa árabe durante el protectorado español en Marruecos. Mourad Zarrouk

Marruecos y España: espacio común y memorias distintas. Mohamed Larbi Messari

Periodistas españoles y marroquíes: la dificultad de los diálogos. Domingo del Pino Gutiérrez

Un lobby sin querer: prensa marroquí de expresión española. Saïd Jedidi